

EDUARDO
JUÁREZ VALERO

JUANA DE
CASTILLA

CONSPIRACIÓN, LOCURA Y
PODER EN LA CASTILLA
RENACENTISTA



BARCELONA - MADRID

Índice

Prólogo. La amapola en el trigal.....	9
Introducción a una vida. La muerte de la reina.....	13
1. Vendiendo a una infanta.....	23
2. Padre, yerno y arzobispo: usurpando el trono de Castilla	117
3. Locura y oportunidad política	165
4. Cisneros y la condena.....	235
5. La eternidad en Tordesillas	285
6. La memoria de un entierro en vida	387
La biblioteca de Tordesillas: una bibliografía.....	405
Notas	437

PRÓLOGO

La amapola en el trigal

Es un viejo cartel cochambroso y burdo, pintado con un trazo tosco sobre una madera bien deslucida. Si lo miras desde cierta distancia, se confunde con el tono decaído que la ruina regala a quienes pierden sus pasos por las cercanías. Mas, al aproximarse apenas unos metros, las viejas letras torcidas pintadas a vuela brocha devuelven un mensaje descorazonador.

Allí me encontraba con mis amigos y paisanos, con quienes comparto café y tertulia cada vez que la apretada vida que llevo me lo permite. Dispuestos a nuestra rutina matinal de mesa y café quemado, tortilla poco cuajada y charla e indignación más aprendizaje para este Cronista que suscribe, nuestros pasos nos llevaron camino de la cafetería que dormita a la sombra del viejo palacio borgoñón que fue y ya nunca será. Glorioso entre los pinares de Segovia, con un perfil levantado e ideado por Gaspar de Vega tras la estancia de investigación en tierras norteñas que Felipe II le financió, el palacio real de Valsaín surgió entre los viejos tabiques que los Trastámara habían levantado en aquel vallejuelo cándido y serrano de las tierras segovianas, al calor de la riqueza que ofrecían un bosque ahíto de árboles y unos pastos peleados por las mestas castellanas. Asentados allí los monarcas desde principios del siglo xiv, a decir de la documentación conservada, o desde finales del siglo anterior, si uno debe hacer caso al primero de los grandes cronistas segovianos, don Diego de Colmenares, el palacio real de Valsaín aún no era más que el anhelo de lo que llegaría a ser, de lo que podría haber sido, de no ser por aquel incendio de 1682 que lo convirtió, desde que fuera monetizado a mediados

del siglo XIX por la Casa Real española, en un recuerdo del pasado que una vez prometió esta tierra y que nunca llegaría a retomar.

Sin embargo, leyendo aquel destartado cartel de palabras alicaídas, no dejaba de pensar en las muchas incongruencias latentes entre sus irregulares letras. Ver aquella ruina reducida a un lacerante «Plaza de Juana la Loca», escrito como un exabrupto entre los desgastados ladrillos a punto de convertirse en arenilla roja, me dejó inane para la discusión y con una sola idea en mente: arrancar tamaño berrido sordo de un edificio ya afónico de gritar la indiferencia que ha inspirado su desaparición en los últimos dos siglos. Ya sentado frente al café, disgustado por el alarido insustancial con que el viejo cartel de la reina loca molesta a todo el que por allí se deja perder, comenté el asunto a mis contertulios, con tan buena suerte de que el autor de semejante dislate anduviera por la barra. Atento a nuestra conversación, siempre declamada en quedos y altisonantes bramidos, explicó las razones que daban sentido al cartelón pendiente de la espaldera que hace cuatro siglos y medio daba paso al patio de honor del palacio real de Felipe II.

Al parecer, aquel residente estaba convencido de que el palacio de Valsaín había quedado reducido a escombros por la acción demente de una reina que, presa de la furia insondable de una locura sin fin, había prendido en llamas el otrora colosal edificio. Ese acto redujo la magnificencia del palacio a la infame ruina inmundada que las administraciones públicas llevan consintiendo a los propietarios desde que fuera declarado Bien de Interés Cultural en 1931.

Sorprendido por aquella mendaz ocurrencia, traté de explicarle que tal argumento era, más que imposible, delirante. El palacio real de Valsaín se había edificado sobre planta de Gaspar de Vega a mediados del siglo XVI, antes de proyectarse las obras del monasterio de San Lorenzo del Escorial e, incluso, las transformaciones del Alcázar de Segovia, la plaza mayor y el palacio de Santa Cruz en Madrid, principales ejemplos de construcción de estilo borgoñón en España. Felipe II, le explicaba al paisano, era nieto de la reina doña Juana, quien, por más que uno quisiera concatenar casualidades, murió años antes de que concluyera la

obra. Mientras me negaba con la cabeza, le conté que, de hecho, no hay ningún documento que demuestre que la reina doña Juana de Castilla hubiera pasado jornada alguna en los edificios reales construidos por sus antepasados en aquel valle serrano. Para mi desgracia, nada de aquello pareció convencer al dicho vecino, quien siguió con su matraca lamentable explicando a sus compañeros cómo aquella reina loca había consumido la grandeza del maravilloso pueblo en que él había tenido la suerte de venir al mundo.

Frustrado por la imposibilidad de romper un relato histórico construido sobre anacronismos y falacias que ya han arraigado, decidí que era mi responsabilidad escribir el presente libro para tratar de mostrar lo que fue aquella mujer en vida y, de paso, intentar que el cartelucho pendiente de la tapia terminal en el palacio de Valsaín caiga por el propio peso de la historia.

Eduardo Juárez Valero